

Carbono y cocaína

Por Ernesto Guhl Nannetti*

Gracias al llamado de atención de Al Gore, los medios en todo el mundo han hecho eco y han divulgado no solamente lo que presenta la película sino, ahora sí, los resultados de los informes científicos del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático IPCC, que hace años viene advirtiendo sobre esta peligrosa realidad, sin mayores resultados por los poderosos y miopes intereses de las petroleras y otras multinacionales beneficiadas con que la situación no cambie.

La difusión del tema y el reconocimiento colectivo a la gravedad de sus consecuencias permiten hacer varias reflexiones. La primera es que en la sociedad mediatizada, globalizada y *light*, se cree más en lo que se presenta como un dramático espectáculo de masas, que en resultados científicos. Por ello fue tan acertada la estrategia del señor Gore de utilizar este enfoque para mandar su mensaje, en lugar de tratar los temas de manera 'seria', como lo hizo durante la campaña que llevó a la presidencia de E.U. a un opositor radical a la idea de frenar las actividades que aceleran el Cambio Climático.

La segunda lleva a considerar los impactos del fenómeno sobre Colombia. Ya sabemos que con toda certeza nuestro país sufrirá con severidad sus consecuencias. Los nevados, al igual que los páramos, desaparecerán en un plazo relativamente breve, con lo cual se afectarán ecosistemas únicos y disminuirá la oferta de agua; en el escenario más pesimista hacia mediados del siglo, el aumento del nivel del mar afectará directamente a varios millones de compatriotas que viven en las dos costas y las alteraciones del clima, en especial del patrón de lluvias, pueden cambiar la geografía de la agricultura. Además, los efectos generales sobre las actividades socioeconómicas serán fuertes e inciertos y las zonas propicias para las enfermedades tropicales como la malaria y el dengue se ampliarán debido al aumento de la temperatura. Es decir que las repercusiones sobre nuestro territorio y sus habitantes



■ Emisión de gases contaminantes sobre el polucionado firmamento de la capital colombiana.

Foto: Gerardo Chaves

serán muy fuertes y negativas, al igual que lo que ocurre con las que se derivan de los narcocultivos y el narcotráfico.

La tercera reflexión lleva a pensar qué podemos hacer para evitar que esto suceda y la respuesta es que por tratarse de un problema planetario al cual contribuimos muy poco y cuyas causas están fuera de nuestro control, de la misma manera que sucede con el consumo de drogas, lo que podemos hacer es prácticamente nada.

De acuerdo con investigaciones del World Resources Institute, E.U. ha aportado a la atmósfera el 27% de los gases de efecto invernadero producidos entre 1950 y 1999. Europa Occidental ha aportado 18, Rusia 10 y Colombia, al igual que el resto de América Latina, aparece en la categoría de los países que han contribuido con menos de 1%. Es decir que la crisis ambiental debida al cambio climático se origina esencialmente en la irresponsabilidad y falta de 'solidaridad planetaria' de E.U. y Europa, principales causantes del problema como mayores consumidores de combustibles fósiles para mantener los privilegios de un estilo de vida insostenible, a costa de todo el resto del planeta, en especial los países pobres. Por lo tanto, nuestra alter-

nativa de acción, más que tratar de actuar para frenar el fenómeno, es buscar cómo mitigar sus efectos.

En el caso de las drogas recibimos destructivos impactos sociales y los costos ambientales de los narcocultivos, como los enormes costos de tratar de controlarlos mediante una estrategia simplista que ha probado su baja efectividad ni la totalidad del problema. Pagamos técnicos, aeronaves fumigadoras y agroquímicos fabricados en los países consumidores, que afectan nuestros ecosistemas y poblaciones, pero sin que asuman su corresponsabilidad como demandantes de drogas y beneficiarios de sus resultados financieros.

Motivada por la película de su vicepresidente, E.U. aceptó la aceleración del cambio climático y que sus consecuencias arrastran hacia una emergencia planetaria.

Algo similar puede sucedernos con la defensa contra los efectos del Cambio Climático. La mitigación de sus impactos implica costosas y complejas obras de ingeniería, uso de nuevas tecnologías menos contaminantes, de sofisticados desarrollos en biotecnología y medicina, que se harán en el exterior. Todos serán otro negocio de los países del 'primer mundo', que, no contentos con depredar los recursos naturales planetarios y haber causado los problemas que todos sufrimos, ahora se preparan para vendernos a precio de 'experto internacional' los remedios para los males que originaron. La semejanza de esta estrategia con la del caso de la droga es evidente.

La cuarta reflexión y tal vez la más importante es que al impulso de la 'popularidad' del cambio climático, sobre el cual hay llamativas conferencias internacionales, vistosas posibilidades de figuración, patrocinios amplios y hasta conciertos de famosos artistas, el Ministerio de Ambiente se concentra excesivamente en el tema, distrayendo sus limitadas capacidades de la atención de la problemática ambiental que sí podemos corregir. Esta, que es más cotidiana y con mucho menos *sex appeal*, está relacionada con la calidad de vida por ejemplo con la mejora de la ca-

lidad del agua y su tratamiento para contribuir a la salud social y la ecosistémica, con tomar medidas urgentes para mejorar la calidad del aire, que se ha convertido en grave y creciente problema en las ciudades, con aminorar la destrucción de los ecosistemas y sus servicios sin los cuales no hay soporte para el desarrollo, con aprovechar y cuidar los recursos genéticos y otras más, en las cuales una decidida labor del Estado permitiría avances, si existiera la voluntad y unas políticas claras basadas en el conocimiento y orientadas hacia la equidad y la sostenibilidad.

¿Asumiremos, como con las drogas, la culpa y el costo? ¿Quedaremos muy agradecidos por otro Plan Colombia, esta vez para luchar contra el Cambio Climático? Esperemos que el Gobierno aborde el problema teniendo claridad sobre dónde nace y no solamente buscando mitigar sus consecuencias con tecnología comprada en el primer mundo. Para ello, es indispensable buscar en escenarios internacionales que los países causantes del fenómeno asuman su responsabilidad como tales.

El creciente interés global que se ha despertado sobre el Cambio Climático llevó a que en la cumbre de la Unión del G-8 nuevas medidas que, aun cuando no son obligatorias, sí ofrecen una nueva perspectiva para actuar globalmente de manera coordinada sobre las emisiones de carbono a la atmósfera, ya que abren un espacio para acuerdos internacionales que lleven a remplazar en el 2009 el incompleto y agonizante Protocolo de Kyoto, esta vez con el acuerdo de E.U. y con compromisos de reducción de emisiones por parte de los mayores países en vías de desarrollo, como China, India y Brasil. Desde la posición de Colombia, parece que llegado el momento de adoptar una actitud más independiente con respecto a los países contaminadores y asumir liderazgo para proponer, con otros países damnificados, iniciativas como la creación de un fondo destinado a mitigar los efectos del Cambio Climático, que se alimente con aportes de los países en proporción a su contribución de gases (...)

*Director del Instituto Quinaxi.